

Aclaraciones y perplejidades

Manuel Díaz Martínez

EL CENTRO INTERNACIONAL OLOF PALME, CON SEDE EN Estocolmo, ha publicado *Cuba: voces para cerrar un siglo*, una compilación, en dos tomos, de testimonios de escritores cubanos de adentro y de afuera. El prólogo es del novelista cubano, radicado en Suecia, René Vázquez Díaz.

En su prólogo, Vázquez Díaz hace referencia al encuentro que sostuvimos en la capital sueca, en mayo de 1994, al amparo del propio Centro Olof Palme, cinco escritores cubanos procedentes de la isla¹ y seis del exilio². No es la primera vez que Vázquez Díaz escribe sobre este encuentro —del que fue gestor—, ni es la primera vez que pone en la picota la decisión que tres de los firmantes de la *Declaración de Estocolmo* tomamos, a los pocos días de haberla suscrito, de precisar nuestra posición respecto del segundo punto de dicho documento.

Vázquez Díaz se ha empeñado en deslegitimar política y moralmente nuestra conducta. En su prólogo, refiriéndose al comunicado de prensa en que explicamos por qué suscribimos la *Declaración* y cuál es nuestra postura ante el embargo norteamericano a Cuba, Vázquez Díaz nos presenta como individuos inconsecuentes y acobardados. Véanse sus palabras: «Dos de los participantes del exilio publicaron más tarde una carta que, según mi opinión, era un documento contradictorio, incoherente y que parece caóticamente dictado por la autocensura y el miedo». Y más adelante añade, siempre sin citar nuestros nombres: «Los firmantes daban explicaciones de por qué se adhirieron a la *Declaración de Estocolmo*, como si alguien los hubiese

¹ Antón Arrufat, Miguel Barnet, Pablo Armando Fernández, Senel Paz y Reina María Rodríguez.

² Jesús Díaz, Manuel Díaz Martínez, Lourdes Gil, Heberto Padilla, José Triana y René Vázquez Díaz.

obligado, repitiendo parte de lo que se discutió hasta la saciedad y con toda honestidad en Estocolmo».

La *Declaración de Estocolmo* es, desde mi punto de vista, un documento incompleto. Su insuficiencia se debe a que los escritores emigrados, que éramos libres para asumir ante el problema cubano cualquier actitud sin temer represalias, nos vimos limitados por la situación, diametralmente opuesta a la nuestra, de los de adentro. Éstos, independientemente de que alguno haya ido a Estocolmo a hacerse el sueco, estaban sujetos a las restricciones políticas que impone el régimen existente en la isla. Ante esta circunstancia insoslayable, los de afuera aceptamos que en la declaración final sólo aparecieran los planteamientos en que todos coincidíamos y que los de adentro podían admitir sin riesgo de crearse problemas en Cuba. De ahí que la *Declaración de Estocolmo* tenga sólo dos acápites: uno en que proclamamos que la cultura cubana es una sola —es decir, que a ella contribuyen tanto los creadores cubanos que permanecen en la isla como los que están en el exterior—, y otro en que pedimos el levantamiento inmediato e incondicional del embargo económico norteamericano. Para que estuviese completa, la *Declaración* debería contener un tercer acápite en que pidiéramos el levantamiento, asimismo inmediato e incondicional, del bloqueo que el Gobierno de Castro ha impuesto a las libertades fundamentales de los ciudadanos cubanos, que es la causa central de los males que agobian a nuestra nación. En el encuentro propuse que en la *Declaración* incluyéramos este punto. Mi proposición no fue aceptada por los escritores residentes en la isla, quienes pusieron de manifiesto que no estaban en condiciones de suscribirla. Lo curioso es que tampoco fue aceptada por Vázquez Díaz.

Aunque la considero positiva como un paso hacia el diálogo y el entendimiento a los que los cubanos estamos obligados para seguir constituyendo una nación, es una realidad que la *Declaración de Estocolmo* le vino de perillas al gobierno castrista, al que sólo contradice en lo referente a la unidad de la cultura cubana. Ese documento, donde se exige a Estados Unidos el levantamiento del embargo y nada se exige a Castro, fue un manjar para el régimen de la isla, que ni tardo ni perezoso comenzó a sacarle partido. Lo primero que hizo la diplomacia castrista fue distribuirlo en la ONU para demostrar que hasta los enemigos de la «revolución» reconocían que Estados Unidos es el responsable de las desgracias cubanas. Antes esta maniobra, que tergiversaba nuestro pensamiento y desvirtuaba las intenciones con que firmamos la *Declaración de Estocolmo*, Lourdes Gil, José Triana y yo decidimos dar a conocer puntualizaciones que consideramos imprescindibles para dejar de ser manipulados por el aparato castrista de propaganda. Con este objetivo divulgamos el apresurado pero diáfano texto que a continuación pongo a disposición del lector y que Vázquez Díaz, ignoro por qué, supone «dictado por la autocensura y el miedo»:

NOTA ACLARATORIA A LA DECLARACIÓN DE ESTOCOLMO

Nosotros, los abajo firmantes, participantes del Encuentro de Escritores Cubanos en Estocolmo, Suecia, y signatorios de la *Declaración de Estocolmo*, queremos esclarecer ante la prensa internacional y ante nuestro pueblo, dentro y fuera de

la isla, nuestra oposición ante el embargo norteamericano, cuyo levantamiento se propugna en el susodicho documento.

Nuestra postura responde a motivaciones estrictamente humanitarias y de solidaridad con los pueblos del mundo.

Creemos que el responsable del sufrimiento de nuestro pueblo es Fidel Castro, cuya egolatría, inflexibilidad y empecinamiento en perpetuar su poder no le permiten otorgar a los cubanos la condición que exigen los Estados Unidos para el levantamiento del embargo: elecciones libres.

A pesar de que no creemos en que el levantamiento del embargo suscitaría un cambio político por parte de Fidel Castro, nuestra conciencia moral no nos permite apoyar el embargo económico como arma política en contra de cualquier país, ya se trate de Haití, Iraq, África del Sur, o en este caso, Cuba.

Creemos que es el pueblo y no los gobernantes la víctima inocente de esta política y, aunque reconocemos que a veces es efectiva, no la apoyamos por ética.

Dado que lo dicho referente al embargo en la *Declaración de Estocolmo* podría interpretarse como simpatía solapada a la tiranía de Fidel Castro, creemos necesario hacer esta aclaración.

Queremos añadir que nuestra posición durante el encuentro, tanto en el nivel personal como profesional, constituyó una denuncia de la persecución política y de la violación a los derechos humanos que sufre nuestro pueblo en Cuba.

La *Declaración de Estocolmo*, firmada bajo una atmósfera de tensión permanente y chantaje emocional, no refleja, sin embargo, esta postura, la cual se hizo evidente en cada una de nuestras ponencias, que aparecerán reunidas en un volumen³ que el Instituto (sic) Olof Palme se comprometió a publicar.

Por último queremos decir que fuimos a Estocolmo, territorio políticamente neutro, con un espíritu de saneamiento del cisma cultural de la nación cubana, ya que la historia de la humanidad revela que todo tipo de intercambio intelectual *libre* conlleva un mejoramiento de la sociedad humana.

En su prólogo, Vázquez Díaz afirma que nuestro comunicado es «una especie de retractación». Como habrá visto el lector, en él no nos retractamos de nada. Sólo señalamos la manquedad de la *Declaración* en lo tocante al tema de los «embargos».

Vázquez Díaz, que a estas alturas sigue llamándole «Revolución cubana» y «proyecto de desarrollo» al sórdido sultanato de Castro, quiere vendernos la fábula, *made in Cuba*, de que el embargo norteamericano es la madre del cordero. Cito un entusiasmo suyo, visible en el prólogo: «¡Los intelectuales reunidos en Estocolmo se atrevían a desafiar el embargo comercial y financiero de Estados Unidos contra Cuba, y tenían la insolencia de señalarlo como el factor principal de desequilibrio del país!» Precisamente, para desmarcarnos de esta falacia fue que Lourdes Gil, Triana y yo hicimos nuestra aclaración, a la

³ Ver *Bipolaridad de la cultura cubana. Ponencias del Primer Encuentro de Escritores de dentro y fuera de Cuba*. Estocolmo, Centro Internacional Olof Palme, 1994. Compilación de René Vázquez Díaz. 126 pp.

que Jesús Díaz se habría sumado si hubiésemos podido localizarle antes de darla a la prensa.

Por cierto, recuerdo que Díaz expresó, en una de las sesiones del encuentro de Estocolmo, que el Gobierno cubano está obligado, con embargo o sin él, a respetar las libertades de sus ciudadanos. En la ponencia⁴ que llevó al encuentro, el autor de *Las iniciales de la tierra* amplía este planteamiento: «Me parece inmoral seguir condicionando el abordar seriamente la solución de los problemas cubanos a la decisión norteamericana de levantar o no el embargo. Dicha actitud significa el colmo de la abyección política: poner el control de nuestros destinos en manos de un gobierno extranjero». Cinco años después, arrojando la sardina al brasero de Castro —percance que le ocurre a menudo—, Vázquez Díaz le sale al paso a aquel planteamiento de Jesús con una pregunta que es una respuesta «¿Le podemos exigir democracia pluralista a Cuba sin enfrentarnos primero al bloqueo comercial y financiero de Estados Unidos contra una población inocente y hermana, o es más elegante disertar sobre democracia fingiendo que esa agresión no existe y que el entrometimiento norteamericano no nos ata de pies y manos?»

Cuando terminó el encuentro de Estocolmo, se celebró una rueda de prensa para divulgar la *Declaración*. En este contacto directo con los representantes de la prensa local e internacional, cada uno de los que participamos en el encuentro dijo lo que quiso o lo que se atrevió a expresar en público. Con el fin de corregir el desequilibrio del documento que habíamos aprobado, dediqué mi turno a leer mi particular *Declaración de Estocolmo*, que a continuación muestro con la esperanza de que Vázquez Díaz no crea que lo hago movido por «la autocensura y el miedo»:

Como todo el mundo conoce, Cuba atraviesa una crisis política, económica, social y moral extraordinariamente aguda, la peor de su historia republicana. Una crisis que ha provocado profundos antagonismos entre los cubanos, dentro y fuera del país, y que está poniendo en peligro la seguridad y la independencia de la nación. Las causas de esta crisis son múltiples y complejas. Para mí, las principales hay que buscarlas dentro del país y tienen que ver con la excesiva centralización del poder político en Cuba y con errores en la gestión de gobierno. Pero hay dos causas externas de capital importancia: la desaparición del campo socialista europeo, del que dependíamos fundamentalmente, y el embargo financiero y comercial impuesto por Estados Unidos, embargo que, en las actuales circunstancias, constituye un obstáculo para el tránsito pacífico hacia la normalización de la vida nacional en un marco de convivencia democrática. Pienso, por tanto, que para superar la crisis que nos agobia es necesario, de una parte, que Estados Unidos levante el embargo y, de otra, que el Gobierno de Cuba inicie urgentemente un proceso de reformas políticas sobre

⁴ «Dieciséis notas sobre el desequilibrio cubano», en *Bipolaridad de la cultura cubana*, Estocolmo, Centro Internacional Olof Palme, 1994, pp. 77-84.

la base de sus compromisos como signatario de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Quisiera que el primer paso de este proceso fuera la liberación de todos los cubanos que cumplen condenas de cárcel por causas políticas y el reconocimiento del derecho de asociación con fines pacíficos.

Ojalá muy pronto sean posibles, en el seno de la sociedad cubana, la libertad de expresión y el respeto a todas las opiniones que han estado presentes entre los escritores que nos hemos reunido aquí en Estocolmo bajo los auspicios del Centro Internacional Olof Palme. Ojalá pronto sea una realidad en Cuba la reconciliación en el diversidad, de la cual este encuentro es, creo, un primer síntoma.

Hechas las aclaraciones a que me ha forzado el autor de *Mi querido traidor*, me detendré sucintamente en otros extremos de su prólogo.

Me resulta incomprensible que Vázquez Díaz, un exiliado que vibra con furia cuando condena el embargo norteamericano y que se convierte en severo censor cuando juzga al exilio isleño en Miami, no vibre con furia similar frente a los atropellos que el régimen castrista comete día a día contra nuestros paisanos, especialmente contra los que le plantan cara dentro del país. Vázquez Díaz ha llenado páginas de airada prosa contra la ley Helms-Burton, pero no se ha visto que su ira justiciera se extienda al asesinato, ordenado por Castro, de los cuatro jóvenes pilotos de Hermanos al Rescate, hecho que forzó a Clinton a firmar la citada ley. Lejos de eso, una vez más Vázquez Díaz le echa una mano a la dictadura: según él, el gobierno cubano mete en la cárcel a los disidentes «por defenderse de una ley extranjera». De modo que ya lo sabemos de una vez por todas: la culpa de que en Cuba haya presos políticos es de Estados Unidos.

En el tomo de *Cuba: voces para cerrar un siglo* destinado a reunir testimonios de escritores de adentro, en el que aparecen textos de colaboradores del régimen, no se incluye un trabajo de ningún escritor disidente. Está claro que a Vázquez Díaz no le gustan los disidentes: no son «actores protagónicos de los cambios» ni encarnan la «sed de cambios desde dentro». Veamos cómo nos expone en su prólogo su insidiosa paradoja: «Pero los participantes en esta obra no son disidentes ni tienen contactos con la Oficina de Intereses de Estados Unidos en Cuba: son actores protagónicos de los cambios que tienen que ocurrir en Cuba y que de hecho están ocurriendo. Ellos encarnan esos cambios, esa sed de cambios desde dentro; y son la esperanza viva de las transformaciones en marcha».

¿Por qué Vázquez Díaz se entenece tanto con la vida aperreada que, según él, llevan en Cuba ciertos escritores gobiernistas o dóciles al régimen y no nos cuenta nada de la vida aporreada de algún escritor de la oposición, como, por ejemplo, Raúl Rivero, uno de los mejores poetas que escriben en la isla en estos momentos, signatario de la *Carta de los diez*, uno de los representantes más corajudos y brillantes de la prensa independiente (de la que tampoco Vázquez Díaz se da por enterado), que ha sufrido y sigue sufriendo detenciones arbitrarias y *actos de repudio* y vive, bajo permanente amenaza de ir a la cárcel, en condiciones lamentables en una cuartería de Centro Habana?

En resumen, las ideas centrales del prólogo de Vázquez Díaz son las mismas que la autocracia castrista usa de coartada para justificar sus fracasos y su actividad represiva: a) el embargo es la causa principal del desequilibrio del país; b) los disidentes son cómplices del gobierno extranjero que impone el embargo a Cuba; c) el gobierno de Cuba reprime a los disidentes para defenderse del gobierno extranjero que le impone el embargo.

Hace veinticinco años que Vázquez Díaz es un exiliado político en Suecia. ¿Lo suyo será el síndrome de Estocolmo?



Aquarium VI (1997)